

RECENSIONES

JACQUES MASSU: *La vraie bataille d'Alger*. Plon. París, 1971, 378 pp.

Diez años después de proclamada la independencia de Argelia, sigue siendo en Francia tema polémico la guerra franco-argelina, aparte de serlo también la decisión política adoptada por el general De Gaulle para poner término a un conflicto que duraba desde hacía casi ocho años. Ello demuestra una perseverancia que también hace patente el que la llamada «guerra de España» sea todavía tema de ásperos debates a los treinta y tres años de haber terminado. Por consiguiente, es normal que, a estas alturas, la guerra de Argelia sea motivo de controversia en el país vecino, cual si fuera de actualidad, aunque tal no parezca a quende los Pirineos, por eso de que «aguas pasadas no mueven molino». Mas como quiera que las aguas de aquella contienda no dejan de mover el molino de miles y miles de franceses y, singularmente, de sectores del ejército galo que se vieron implicados en ella, es lógico que uno de los más destacados protagonistas de aquel drama haya salido a la palestra con el propósito de puntualizar un determinado extremo: el de la batalla de Argel en 1957. A este episodio, limitado en el tiempo y el espacio, se ciñe la obra del general Massu en cuyo título, *La vraie bataille d'Alger*, el adjetivo verdadera figura en rojo, contrastando con el blanco inmaculado del resto. Así se indica la finalidad perseguida por el general Massu, que es replicar a la película «La bataille d'Alger» de Pontecorvo, basada en la obra *Souvenirs de la bataille d'Alger* de su principal adversario en aquella circunstancia, Yaced Saadi, película proyectada en Francia, en cines y por televisión; al socaire del «democrático» y muy cuestionable derecho a denigrar el propio país y a su ejército.

Sin embargo, la puntualización o réplica de Jacques Massu dista de adoptar un tono de violenta polémica y furibunda arremetida contra los detractores de una acción que se impone lógica desde el punto de vista de un militar francés aplicado a cumplir una misión en el marco de la política gubernamental francesa en 1957, que era imponer la tesis de la «Argelia francesa». En su obra, con la escueta sinceridad de un buen soldado carente de grandes dotes diplomáticas, el general Massu responde en los sucesivos capítulos a una serie de preguntas concretas, «a todas aquellas que desearía hacerle cada francés, cualquiera que fuere su procedencia», como le indicó el editor, según dice en el prólogo de su interesante obra. Porque interesante, *La vraie bataille d'Alger* lo es en grado sumo. Ante todo, por el papel fundamental que a partir de enero de 1957 desempeñó el general Massu, al frente de la 10.^a División de Paracaidistas, en una lucha sin cuartel contra la oleada de atentados terroristas iniciada en Argel en 1956, que había sumergido literal-

RECENSIONES

mente las fuerzas del orden (policía, gendarmería, CRS). Ese terrorismo urbano, que afectaba sobre todo a la población civil, el general Massu y sus paracaidistas hubieron de combatirlo sin tregua, cometiendo de paso algún desaguisado. No lo niega el autor de la obra reseñada. Por lo tanto, hay que dar por sentado que una ferocidad implacable informó la acción —o reacción— de los dos bandos en pugna. Con elogiabile gallardía, el general Massu no soslaya esta cuestión, que por parte francesa se centró en la búsqueda de informes y su logro por todos los medios, incluida la tortura. La admite el general Massu, justificándola con la imperiosa necesidad de obtener información para evitar nuevos atentados e inocentes víctimas.

Pese a la carga emocional que entraña la cuestión de los métodos para lograr informes, no reside ahí todo el interés de *La vraie bataille d'Alger*, sino en la exposición de las circunstancias previas a esa batalla propiamente dicha: el relevo por el ejército de las fuerzas de orden público para restablecer la tranquilidad en una ciudad encogida por el miedo y amenazada de caos, como pretendía el FLN aplicado a convertir a Argel en un nuevo Dien Bien Fu; las reacciones diversas de los argelinos, por cierto ferozmente tratados por el FLN cuando colectiva o individualmente se mostraban remisos a luchar; los deseos de los europeos afincados en ese país, minoría no toda ella digna del elogio del general Massu, y las relaciones entre el FLN y el partido comunista. El inicio de la batalla de Argel coincidió con la batalla política en la ONU que incitó al FLN a decretar una huelga general destinada a presentar al mundo la estampa de un país totalmente levantado contra Francia. Por lo tanto, el primer objetivo asignado al general Massu fue hacer fracasar esa huelga. En su criterio, se logró. No obstante, el lector se pregunta hasta qué punto pueden calificarse «no huelguistas» los dueños de tiendas cuyos cierres metálicos se abrieron con bombas de mano y los obreros conducidos al tajo por patrullas de paracaidistas. Ya lo hemos indicado: el general Massu no tiene la astuta sutileza de un diplomático. No es un defecto, toda vez que su sinceridad —en ocasiones rayana con la ingenuidad propia de un modo de ser sin rodeos— es la primordial cualidad de su obra. Seguidamente, el general Massu se afanó por dismantelar la organización político-militar cuya clandestinidad facilitaban numerosos apoyos y una infiltración del FLN en ambientes franceses y hasta en organismos estatales (por ejemplo, en el Hospital Mustafa). Por consiguiente, fue preciso establecer un minucioso sistema de identificaciones, búsquedas, registros, detenciones, interrogatorios, etc. Estimamos que en esta descripción de la actividad de los paracaidistas de la 10.^a División están los elementos de un manual de lucha contra la subversión urbana.

No escasearon las dificultades de todo orden en las primeras etapas de esa acción a gran escala, alguna de ellas suscitadas por determinados elementos europeos hostiles a cuanto no fuera aplastar sin discriminación a los argelinos. Pero poco a poco disminuyó la actividad terrorista y fue desarticulada la organización FLN en Argel, singularmente después de detenido M'Hidi, que, parece ser, se suicidó en su celda, y del que traza una favorable semblanza el general Massu, impresionado por su hombría. No le merece similar consideración Yaced Saadi, cuya personalidad un tanto fatua, a juicio del autor de la obra que nos ocupa, en nada se asemeja al retrato de heroico combatiente que diseñó de sí el autor de *Souvenirs de la bataille d'Alger*. No deja el general Massu de dedicar atención a las mujeres argelinas que participaron en la lucha, sobre todo «colocando» bombas con vistas a perpetrar atentados. Es decir, que no queda olvidado nin-

RECENSIONES

guno de los aspectos de la batalla de Argel, que fue una victoria para Francia, afirma el general Massu, airadamente opuesto a la afirmación reciente, según la cual la independencia argelina fue consecuencia de la victoria del FLN en aquella ciudad. Por desgracia para los defensores de la tesis de la «Argelia francesa», Argel sólo era la capital de un vasto territorio donde el levantamiento de 1 de noviembre de 1954 mantenía un estado de guerra que el esfuerzo bélico de Francia no logró impedir. Tal reconoce el general Massu, con datos concretos al apoyo, por lo menos en lo que respecta al año 1957. Tampoco resolvió nada el tardío esfuerzo político que, a marchas forzadas, Francia intentó hacer para mantener a Argelia vinculada.

Sobre el particular, son de señalar las observaciones que hace el general Massu en cuanto a lo que encubría la apelación «Argelia francesa», ello sin dárseles de político y utilizando únicamente su sentido común y natural generosidad: una minoría francesa o afrancesada que vivía vuelta de espaldas a los millones de argelinos cuyo idioma ignoraban y a quienes sometían con frecuencia a un trato humillante; prosperidad de esa minoría a las barbas de masas subadministradas, ignorantes, discriminadas en sueldos y empleos; carencia de relaciones de amistad o simplemente humanas; tendencia de los *pièds-noirs* a apearse a privilegios que pretendieron defender con un incipiente contra-terrorismo, etc.

Al término de *La vraie bataille d'Alger*, que no tiene desperdicio, singularmente los documentos que figuran en anexo para apoyar con pruebas las afirmaciones del general Massu, se evidencia lo ingrato de la misión que hubo de asumir. En cuanto militar, disciplinado por definición, la llevó a cabo con éxito poco cuestionable; pero en cuanto hombre que sabe ver, sentir y pensar, cabe preguntarse si el general Massu no se percataba de la dificultad de pretender que la fuerza resolviera un problema falseado en su planteamiento básico. Insinúa que el 13 de mayo de 1958, que califica de «prodigio» por haberse realizado una espontánea unión entre franceses y argelinos, existió la posibilidad de replantearlo total y correctamente. Los hechos han demostrado que todo quedó en mera posibilidad. El general Massu adelanta que ese episodio del conflicto franco-argelino, en el que tanto él como sus paracaidistas participaron decisivamente, será objeto de un próximo libro. Es de desear que lleve a cabo su proyecto, porque el general Massu, que no se anda por las ramas, despejará acaso muchas incógnitas relativas a un momento de Argelia en que, efectivamente, Francia y el FLN estaban empatados.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

J. L. ABELLÁN: *La idea de América. (Origen y evolución.)* Ediciones Istmo. Madrid, 1972, 246 pp.

Muchas veces se ha comentado y subrayado la realidad de que si dentro del conjunto de los países y los pueblos hispanoamericanos es evidente la pertenencia a un común fondo histórico-cultural, no siempre resulta fácil definir la identidad total hispanoamericana, tanto en la relación con ella misma como con el conjunto de lo que fue el Nuevo Mundo colombiano. En realidad, Hispanoamérica no ha adolecido de indefinición, pues

RECENSIONES

han sido y son muchos los pensadores que han tratado el tema hispanoamericano como una unidad natural. Pero para llegar al fondo de la cuestión conviene poder utilizar algo que sea a la vez modo de enfoque y terreno de deducción. Este doble papel puede considerarse desempeñado en gran parte por el libro *La idea de América*, de J. L. Abellán.¹

Este libro ha sido inicialmente producto de los resultados de varios cursos dados, entre 1961-1963 y 1970-1971, desde la puertorriqueña universidad de Río Piedras hasta la Universidad de Madrid. Pero se ha ido articulando y completando con cooperaciones y estímulos de miembros de otros centros culturales hispanos, como la Universidad Autónoma de México, la Universidad de Barcelona, etc. Objetivo inmediato de la obra ha sido el de sintetizar el pensamiento hispanoamericano como un conjunto armónico (dentro de lo internacional), tanto respecto a sus orígenes como a su problemática actual. A través del análisis de la «idea de América» se insistió sobre la identidad del fondo cultural y moral que anida en todo el ámbito hispánico, respetando al mismo tiempo la variedad de cada país.

El punto de partida se refiere a cómo, en su origen y su esencia, el doble continente americano ha ido siendo considerado como entidad geográfica y entidad histórica, en relación con el resto de lo mundial o universal. Atendiendo al hecho de su primera articulación española desde los descubrimientos, y al fondo jurídico-moral dentro del cual se fue desarrollando posteriormente, es evidente que (a pesar del paréntesis de Américo Vespucio) la incorporación del concepto de lo americano al conjunto de lo universal asumió y conservó estructuras españolas. Así ha podido decirse que hubo más una «invención» de América que un «descubrimiento» propiamente dicho; pues «descubrimiento» se refiere a la aparición de un ente dotado con contenido propio desde el primer momento, pero «invención» se refiere al paulatino surgimiento de algo que va adquiriendo contenido propio, simultáneamente a su desarrollo.

Así, la idea de «América» como conjunto sólo fue perdiendo en parte su traza de «invención» hispana o ibérica cuando por el ímpetu expansivo, la unidad y el desarrollo material, el primer papel fue desempeñado por los Estados Unidos, hasta el punto de que tantas veces se diga «América» a secas, para referirse a Norteamérica. De todos modos, en el libro de J. L. Abellán se recuerda que quienes más han contribuido a fijar las ideas sobre América entera han sido los ensayistas y pensadores de los países hispanoamericanos.

Al referirse a la determinación de América como unidad política, se alude a teorías estadounidenses tan características como la de H. E. Bolton, quien sostiene la creencia en la unidad histórica del doble continente. Pero si dicha unidad existe, ha de basarse a su vez en una unidad ontológica más profunda, que sólo ha sido captada por la mente hispanoamericana. Porque sólo los hispanoamericanos han sabido elaborar ideas como la de la contraposición entre la noción de América y la de Europa.

En cuanto a la presentación de Hispanoamérica como conjunto unitario natural (sobre todo desde la independencia), su fundamento sigue siendo la teoría del bolivarianismo. Cuando Simón Bolívar proclamó en 1818 «que nuestra divisa sea unidad en la América meridional» fijó dentro de lo hispano las directrices de un círculo interno de intereses comunes. Sobre todo cuando en 1826 el Congreso de Panamá fue boicoteado por los Estados Unidos.

RECENSIONES

A pesar de aquel fracaso inicial del primer hispanoamericanismo homogéneo, que pudo y debió haber sido el fruto natural de la independencia, la conciencia del común destino nunca se ha perdido, y sigue enfocándose como un factor de salvación. Así destaca la importancia de instituciones como el Seminario para el Estudio del Pensamiento en los Países de Lengua Española, que llegó a funcionar en el Colegio de México. En aquel Seminario, creado por el español peninsular José Gaos, se formaron grupos de intelectuales que han hecho trabajos fundamentales. La mayoría mejicanos, como Leopoldo Zea, Luis Villoro, Victoria Junco, etc., pero también peruanos como Augusto Salazar, puertorriqueños como Monelisa Lima Perez Marchand, uruguayos, cubanos, bolivianos, de Colombia, de Venezuela, etc.

Un factor muy importante, al cual ha de atenderse al tener en cuenta las afirmaciones de unidad y autenticidad por parte de los ensayistas hispanoamericanos, es el sentimiento de lo autóctono. En la obra de J. L. Abellán dicho sentimiento de lo autóctono se va detallando a través de los autores más representativos de los diferentes países. Abre la lista el famoso argentino Domingo Faustino Sarmiento. Luego otros argentinos comentaristas de lo «gaucho», como Martínez Estrada y Ricardo Rojas. De Méjico se comenta a Alfonso Reyes, preocupado por el tema de la «mexicanidad», así como a Samuel Ramos y Octavio Paz. De Puerto Rico, a Antonio S. Pedreira y René Marqués; de Nicaragua, a Pablo Antonio Quadra; de Bolivia, a Roberto Prudencio; de Guatemala, a Luis Cardoza y Aragón; de Perú, a José Carlos Mariátegui, y de Venezuela, a Carlos Picón Salas.

En la relación de lo hispano trasplantado con lo español peninsular originario se insiste sobre el antecedente fundamental de que «las Indias no fueron colonias» (según expresa un famoso libro moderno de Ricardo Levene), sino siempre cuerpos vivos incorporados a la Corona central. Cierto es que los habitantes de aquellas llamadas «Indias» se diferenciaron desde el primer momento de los que se habían quedado en el sitio de partida, pero en último caso lo que hicieron fue crear otro modo de ser español, un modo ajustado a los cambios de ambientes. En la independencia obtenida al comenzar el siglo XIX no hubo tampoco una motivación antiespañola, pues los hispanoamericanos se rebelaron contra la invasión napoleónica, la pasividad de la Corona española y las represiones posteriores de Fernando VII. Así subraya J. L. Abellán que los hispanoamericanos se alzaron primero contra el posible dominio francés y después contra el tiránico dominio de un rey español.

En cuanto al papel y el significado de los numerosos españoles peninsulares que siguieron afluyendo a los países hispanoamericanos hasta hoy (incluso los emigrados políticos), el referido libro alude al neologismo de «transterrados». Neologismo lanzado por José Gaos, queriendo expresar el sentimiento peculiar de haberse instalado en una tierra que no es, la abandonada pero tampoco resulta totalmente extraña. Es la teoría de las dos patrias simultáneas: la de «origen» y la de «destino».

Un sector muy destacado dentro del libro *La idea de América* es el de las diferentes colonizaciones entre el Norte y el Sur, entre lo anglosajón y lo hispano. En una cita de un autor mejicano se dice que «para los norteamericanos el mundo es algo que se puede perfeccionar, pero para nosotros es algo que se puede redimir». Otra cita de un hispanista, profesor en Illinois, hace notar que los hispanoamericanos se distinguen por su carácter contemplativo, doctrinario y apasionado; mientras los angloamericanos son

RECENSIONES

por el suyo pragmático, desapasionado y utilitario. Aunque la diferencia se inclina a favor de los del Sur si se acepta la definición de otro autor: el español Juan Roure Padella que en la *Revista Interamericana de Sociología*, de México, ha afirmado que «la real profesión del hombre del Sur es ser un ser humano. Este es su propio negocio». Así el hispanoamericano tiene una visión universal de la vida y del hombre, en vez de centrarse sobre el éxito del momento como hace el estadounidense.

Al final del estudio se trata de volver la vista atrás, y poder ver el valor práctico de la investigación realizada, al demostrar que si el concepto de lo americano total ha surgido y se ha elaborado por parte de los pensadores hispanoamericanos, ha sido por su natural intelectualismo. Refiriéndose a lo internacional se destaca cómo una gran parte de dichos pensadores han sido diplomáticos, políticos, y hasta presidentes de república. Es algo que no ocurre en los Estados Unidos, donde los intelectuales y los profesores suelen quedar marginados social y políticamente.

RODOLFO GIL BENUMEYA

ZHUKOV, E., y varios autores más: *El Tercer Mundo (problemas y perspectivas)*. Editorial Progreso. Moscú, 1970, 270 pp.

No es menester esforzarse mucho para demostrar la impresionante actualidad que el problema de los países subdesarrollados registra en todas las latitudes geográficas de nuestro planeta. Raro es el día en el que no aparece, en las páginas de un gran rotativo o en los escaparates de cualquier librería, algún editorial o nuevo título en el que, con monótona reiteración, se insista en la cuestión anteriormente indicada. Tanto se ha escrito sobre el tema y con tan indisimulables matices demagógicos, que, efectivamente, la simple enunciación de la aparición de un nuevo volumen—y sobre todo por provenir de donde proviene—, caso que nos ocupa, nos impulsa—seguramente guiados por un acto reflejo—a ponernos en guardia y, lógicamente, a penetrar con un enorme cúmulo de reservas mentales en la lectura de estas páginas que, en impecable castellano—lo primero que es menester hacer es felicitar al traductor—, nos llegan desde el mismo corazón de Moscú. También allí, subrayémoslo desde ya, se tiene conciencia del problema al que aludimos, aunque, claro está, por motivos muy distintos de los sustentados en Europa o en Norteamérica—citamos estos ejemplos por ser, a nuestro parecer, los más significativos.

Todas las soluciones que al problema del subdesarrollo se han venido aplicando han fracasado de manera estrepitosa. Las negociaciones de índole diplomática o convencional en casos muy concretos han producido frutos positivos. No nos extraña, por lo tanto, que el actual sucesor de San Pedro—hombre avezadísimo en cuestiones de alta política internacional—haya tenido que esgrimir el último de los argumentos en reserva, a saber: el principio de la solidaridad o fraternidad humana—el lector puede elegir con entera libertad la expresión que más adecuada considere—para hacer llegar a todos los rincones de nuestro inquieto mundo la plena concienciación del problema del subdesarrollo reinante en los llamados pueblos del Tercer Mundo. Así, pues, en las bellísimas páginas de la encíclica *Populorum progressio* podemos leer detenidamente el siguiente y muy escl-

RECENSIONES

recido juicio de S. S. Pablo VI: «La solidaridad mundial, cada día más eficiente, debe permitir a todos los pueblos el llegar a ser por sí mismos artífices de su destino. El pasado ha sido marcado demasiado frecuentemente por relaciones de fuerza entre las naciones: venga ya el día en que las relaciones internacionales lleven el cuño del mutuo respeto y de la amistad, de la interdependencia en la colaboración y de la promoción común bajo la responsabilidad de cada uno. Los pueblos más jóvenes o más débiles reclaman tener su parte activa en la construcción de un mundo mejor, más respetuoso de los derechos y de la vocación de cada uno. Este clamor es legítimo; a la responsabilidad de cada uno queda el escucharlo y el responder a él.»

Mucho nos tememos, temor mil veces confirmado por la realidad internacional de la hora presente, de que este hermoso mensaje de paz y de comprensión no haya sido entendido en su auténtico sentido. Y emitimos este juicio avalados por un hecho evidente, a saber: que, ciertamente, en la generalidad de los planes trazados para que determinados países superen los obstáculos que el subdesarrollo implica se suelen olvidar—queremos creer que involuntariamente—del elemento primario de todo proyecto de superación de la indigencia: del hombre. Muy claramente lo ha dicho un gran experto en la materia—nos referimos a L. J. Lebreton—: «el primer factor que hay que tener en cuenta en el proceso de un desarrollo económico es el humano: el hombre, considerado como recurso natural y como medio de producción. Parece ocioso decir que para asegurar un buen rendimiento en el trabajo, necesitamos que el hombre disfrute de buena salud».

Por otra parte, conviene recordarlo una vez más, existe cierta impaciencia por parte de los proyectistas de las tácticas trazadas para superar el subdesarrollo, es decir, se anhela el ir quemando etapas con tal clase de precipitación, de falta de serenidad, de incontrollable urgencia que acontece, como se ha probado hasta la saciedad, que difícilmente los pueblos enmarcados dentro de esas condiciones pueden iniciar el deseado despegue. Justamente, otra—y muy grave—dificultad de los países subdesarrollados—tal y como apunta un autor—es la obligación en que se encuentran, si han de dominar la evolución global de su economía, de fundar empresas nacionales, de estimular la iniciativa privada, fundar organismos de planificación que no pueden contar con suficiente número de expertos. Tienen que llamar, en consecuencia, a expertos extranjeros, cuyo paso por el país es con frecuencia demasiado breve para que pueda llegar a ser eficaz.

A cuanto antecede, naturalmente, cabe añadir las serias dificultades que comportan también la adecuada organización política y cultural del país en cuestión: inestabilidad socio-política, inquietud, intrigas y, por supuesto, los tentáculos del viejo o del nuevo colonialismo en la forma que se desee. Todo esto, y muchísimas más cosas que podríamos señalar, hacen de los países subdesarrollados el vivero central de toda clase de revoluciones y conmociones sociales que, lógicamente, ahogan todavía más—si eso es posible—su agónica economía o forma de vida. El Tercer Mundo, por lo tanto, tiene que esforzarse muy poco para mantener, como indicamos en las líneas iniciales de este comentario, su rabiosa actualidad en todos los lugares del mundo.

Un elevadísimo tanto por ciento de los estudios consagrados al análisis de esa peculiar situación suelen adoptar la perspectiva de la indigencia para conmover el corazón del lector. La verdad sea dicha, y debemos aprovechar la presente ocasión para testimoniarlo, es que existen muy pocos libros que con espíritu objetivo dibujen la realidad,

señalen las causas y a los culpables de que el subdesarrollo exista. Este libro, fechado en el corazón de Moscú—cosa rara (por lo cual felicitamos cordialmente a sus autores)—, no apela a la fácil demagogia ni al reportaje lacrimoso. Estamos en presencia, a nuestro modesto entender, de un buen libro—un buen libro que aún pudiera haber sido mejor—en el que, cuando menos, se analiza el panorama que nos ofrece el Tercer Mundo desde planos de vista no usuales—ser rigurosamente original en el tratamiento de esta cuestión es ya muy difícil—, a saber: examinando la mayor parte de las razones en virtud de las cuales en los países comprendidos bajo la denominación—nada feliz—de Tercer Mundo ha prendido el espíritu de rebeldía y, consecuentemente, la revolución y las quiebras de los respectivos gobiernos están a la orden del día.

Entienden los autores, y no vacilan en subrayarlo desde las páginas iniciales, que no ha sido el hambre ni la opresión ni la garra capitalista la que ha impulsado al convencimiento de que es preciso superar las actuales circunstancias, sino, por el contrario, única y exclusivamente, el convencimiento de que es preciso disponer de la propia libertad. Si el Tercer Mundo, como parece evidente, está de permanente actualidad se debe, sin duda, a cada uno de los impactos que han supuesto los llamados «movimientos de liberación». Es posible, aunque no lo afirmaríamos dogmáticamente, que no les falte la razón a los autores—en sociedad comandita—de estas páginas. Sin embargo, insistimos—ya lo veremos más adelante—que existen en el mismo notorias inexactitudes. Inexactitudes suscitadas por el recelo con el que los dirigentes soviéticos y, por supuesto, los intelectuales a su servicio, calibran cada una de las acciones de los que—despectivamente—llaman «las potencias imperialistas».

«La lucha de los pueblos de Asia, Africa y Latinoamérica por la independencia nacional y el progreso social acapara la atención de toda la opinión pública mundial y despierta gran interés entre los exponentes del pensamiento teórico avanzado. Ello no es casual, sino que se debe a una serie de factores. En primer lugar, el movimiento de liberación nacional ha cobrado en nuestros días una amplitud sin precedentes, se extiende a territorios inmensos, atrayendo a la lucha política activa a decenas y centenares de millones de personas. Definir el carácter, las principales tendencias de las revoluciones de liberación nacional, su papel histórico y el lugar que ocupan entre los demás movimientos revolucionarios y democráticos contemporáneos, tiene gran importancia teórica y política. En segundo lugar, el desarrollo del movimiento de liberación nacional en países que se distinguen por su extraordinaria heterogeneidad y la inmadurez de sus relaciones sociales, así como por una gran diversidad de condiciones históricas, nacionales y sociales, ha planteado complejos problemas políticos, económicos e ideológicos que exigen un análisis objetivo y una profunda interpretación marxista. Muchos de los fenómenos sociales que acontecen en los países del llamado Tercer Mundo ofrecen un interés teórico general.»

Ninguno de los autores cuyas firmas figuran en las páginas que suscitan el presente comentario ignoran que, en rigor, el auténtico y más grave problema que los pueblos del Tercer Mundo tienen que solucionar cuanto antes es, por supuesto, el económico. «La actual etapa del movimiento de liberación nacional plantea con urgencia tareas de carácter socioeconómico. En vista de ello, surge la necesidad de una seria elaboración científica de muchos importantes problemas, sobre todo de algunos como la fundamentación teórica de las particularidades del periodo de transición, la determinación de los

factores objetivos y subjetivos que permitan acelerar considerablemente el avance social y económico de los países liberados, en particular el papel del estado en ese período, la importancia de la organización política de las masas, las vías y formas de incorporación de los trabajadores a la administración del país, y otros.» Consecuentemente, «la construcción de la economía nacional en los países de Asia y Africa —algo de esto hemos ya indicado— tropieza con multitud de grandes y pequeños problemas, cuya solución está lejos de ser fácil. Y no sólo los economistas de esos países, sino también los de allende sus fronteras se interesan por los problemas relacionados con el auge económico de las naciones liberadas: causas de las dificultades económicas de financiación de sus economías nacionales, cuestión agraria y problema del abastecimiento, correlación entre los sectores estatal y privado, ritmos de industrialización y correlación entre las industrias ligera y pesada, efectos de la revolución científico-técnica en esos países, etc. Hoy no es factible, por supuesto, dar una respuesta exhaustiva a todas esas cuestiones. Sin embargo, el planteamiento de estos y otros problemas puede ya de por sí contribuir a comprenderlos y resolverlos con éxito. Se trata, ante todo, de buscar formas y métodos científicamente fundamentados de gestión económica en las condiciones concretas de los nuevos estados, de tener en cuenta sus recursos reales, así como las posibilidades y perspectivas de cooperación económica mutua y con los países del sistema socialista mundial».

La primera cuestión que los autores tratan de explicar esgrimiendo los argumentos tradicionales es la referente al éxito que, quiérase o no, los llamados movimientos o luchas de liberación nacional están obteniendo. Resulta profundamente hilarante, cuando menos a nuestro modesto entender, que los colaboradores de estas páginas afirmen, con cierto aire dogmático, que el origen de los movimientos de liberación que se suceden ininterrumpidamente tienen un claro y expeditivo antecedente: «Ni los defensores descarados del colonialismo pueden ocultar que la Gran Revolución Socialista de Octubre ha sido un importante factor estimulante para el movimiento de liberación nacional en Asia y Africa. En cambio, lo que no se atreven a hacer los autores burgueses, lo están haciendo los actuales dirigentes del Partido Comunista de China, que se han fijado el objetivo de menoscabar el valor de la Revolución de Octubre y de la propia existencia del primer estado socialista del mundo para el auge del movimiento liberador.» Como el lector atento podrá advertir en estas páginas no se ahorra ningún esfuerzo para esgrimir la peor de todas las dialécticas: la de la crítica a derecha e izquierda.

Afirman los autores, y no es menester molestarse en demostrar la enorme inexactitud de estas palabras, que la principal característica o rasgo de las actuales revoluciones de liberación nacional la constituye la enorme fuerza popular que las mismas suscitan. Salvo excepciones muy cualificadas, como es bien sabido, hasta el momento presente los llamados movimientos de liberación los protagonizan una masa —importante como lo es siempre la masa— sin orientación alguna y sin conocimiento detenido de la repercusión o fruto de cada una de sus actuaciones. Por lo tanto, pensamos, no es cierto lo que los autores de estas páginas exponen: «El movimiento de liberación nacional nunca había arrastrado masas tan inmensas de personas y tal número de países como en nuestros días. Desbordando los marcos de un solo país y englobando a casi un tercio de la población de la Tierra, la lucha de liberación nacional ha adquirido carácter internacional. Ahora va dirigida no sólo contra una u otra potencia colonial, sino también contra el imperialismo y su sistema colonial, en su totalidad.»

RECENSIONES

A la vista de lo anteriormente manifestado no debe extrañarnos lo más mínimo la siguiente y segunda conclusión doctrinal de este grupo de intelectuales soviéticos: «La lucha contra el enemigo común, el imperialismo y el colonialismo, ha unido en amplias coaliciones políticas a casi todas las clases y capas sociales, lo cual da un carácter de masas al movimiento. Además de esto, el hecho objetivo de que en el movimiento de liberación nacional participen capas y grupos de población socialmente heterogéneos, que traen a él, a menudo, ideas y juicios insuficientemente claros sobre los problemas actuales, prejuicios nacionalistas y religiosos, debilidades y fallas, explica en gran parte los movimientos zigzagueantes de la lucha liberadora, la insuficiente perseverancia en la consecución de los objetivos inmediatos y finales de la revolución nacional.»

De todas formas, en opinión de los autores de este libro, el gran malestar que existe dentro del ámbito de la política internacional de la hora presente se debe, muy principalmente, al hecho notorio—escriben—de que, efectivamente, «las potencias imperialistas temen la influencia creciente de los nuevos estados nacionales en la política mundial, en los cambios progresivos del carácter de las relaciones internacionales. Ellos quisieran estorbar el fomento de tendencias democráticas en la política exterior de los países en desarrollo, atarles sólidamente al carro de su política agresiva. Uno de los autores del libro *La política exterior en los años sesenta*, publicado en Estados Unidos, recomienda a la India que renuncie a su política de no alineamiento, que ya no responde—según él— a la nueva situación mundial, y se sume activamente a los preparativos bélicos de Occidente en Asia».

Avanzando en la lectura de estas páginas llegamos a un término—páginas finales del capítulo segundo—en el que, naturalmente, se desvela con toda nitidez cuáles son los propósitos de los actuales dirigentes de Moscú. Medítese hondamente sobre la subsiguiente afirmación y sáquense las oportunas conclusiones: «el movimiento de liberación nacional no puede ser considerado como una fuerza que se basta a sí misma, que está en condiciones de liquidar al imperialismo por sí sola. Como justamente se señala en una resolución del CC del PC de Ceilán, el movimiento de liberación nacional “cumple más bien tareas democráticas generales que de clase. Asesta duros golpes al imperialismo y destruye el sistema de esclavitud colonial. Pero, con todo, no puede vencer por sí solo al sistema socioeconómico que engendra el imperialismo y, concretamente, al capital monopolista de las metrópolis. La pérdida de las colonias debilita considerablemente a los monopolistas e imperialistas, pero no conduce automáticamente a su bancarrota. Esa tarea la realiza la clase obrera”».

Queda, pues, bastante claro para los diversos colaboradores de este libro que la fuerza motriz de todas las llamadas revoluciones de liberación nacional la constituye, y esto es innegable, la gran masa: «La masa aplastante de la población de los países afroasiáticos en vías de desarrollo la constituyen campesinos. Su condición económica es desigual: hay una minoría más acomodada, que posee tierras considerables y los útiles agrícolas necesarios, y una mayoría pobre. Finalmente, una amplia capa de campesinos trabaja en lo esencial tierras que no le pertenecen y que arriendan a los terratenientes, los cuales, por regla general, forman parte de los círculos privilegiados de la sociedad. La dimensión de las parcelas de que disponen los campesinos varían, naturalmente, en los distintos países. Sin embargo, el rasgo común que caracteriza la situación de los agricultores en los países afroasiáticos es la escasez de tierra, el bajo

nivel técnico de la producción agrícola y, en consecuencia, una productividad muy baja. El rendimiento, por lo general, es considerablemente inferior al de los países industriales.»

Con bastante escasa originalidad subrayan los autores a los que nos venimos refiriendo—Zhúkov, Deliusin, Iskendérov y Stepánov— que, en efecto, «a lo largo de muchísimo tiempo, de siglos enteros, el campesinado de la abrumadora mayoría de los países afroasiáticos ha estado privado totalmente de derechos políticos y bajo el poder de uno u otro sistema jerárquico que aseguraba la dominación, en unos casos feudales o de jefes tribales, y en otros del despótico estado centralizado en su conjunto. El prolongado período de dominación imperialista modificó poco esa situación. Los colonizadores, por regla general, no sólo mantuvieron la capa privilegiada de grandes terratenientes que explotaban brutalmente a los campesinos, sino que hicieron de ella su base social. La humillante situación del campesinado frenaba seriamente su desarrollo espiritual, reflejándose negativamente en la formación de sus opiniones, haciéndole víctima de supersticiones, ideas atrasadas y prejuicios, cultivados deliberadamente por los elementos dominantes. Er. suma, «el campesinado era analfabeto, inerte».

Cualquier dirigente contemporáneo ha advertido lo que ya algunos profetas del siglo pasado aseguraron con innegable matiz dogmático, a saber: que «las masas campesinas son una gran fuerza revolucionaria. Pero sólo pueden desempeñar un papel verdaderamente importante en la historia a condición de que no actúen aisladas, sino en unión y bajo la dirección de la ciudad, la parte de la sociedad más cohesionada y organizada, capaz de colocarse por encima de los intereses locales y de formular las tareas generales, nacionales del movimiento». Consecuentemente, subrayan los autores de estas páginas—y no les falta razón—, que «hablando en sentido figurado, el campesinado es un ejército capaz de vencer sólo en el caso de que disponga de un mando adecuado, que procede generalmente de otro medio social. Una vez más hay que señalar que, por cuanto en lo esencial todo el campesinado de Asia y Africa adolece de unos y otros restos y reminiscencias medievales, del atraso económico y cultural—herencia directa de un pasado colonial reciente—, entraña una inmensa reserva potencial de energía revolucionaria. La cuestión estriba en cómo va a ser utilizada».

En opinión de los colaboradores de este libro los movimientos de liberación nacional tienen ante sí un espléndido futuro dado que, quiérase o no—a título de ejemplo—, «la clase obrera de los países afroasiáticos está lejos aún del alto nivel de cohesión que caracteriza al proletariado en los estados capitalistas industrialmente avanzados. Esto se refiere, ante todo, a su peso específico en la composición de la población. En lo que respecta a cantidad, en la mayoría de ellos ocupa por ahora un lugar harto modesto entre los demás grupos sociales. En una serie de naciones africanas, los obreros se hallan todavía en la fase más primaria de formación como categoría especial de la población trabajadora. Esta circunstancia constituye, precisamente, un indicio característico del atraso socioeconómico y del escaso desarrollo de las fuerzas productivas en los países afroasiáticos. Los vestigios de las formas arcaicas de relaciones sociales (sistema gentilicio, feudalismo) retardan el desenvolvimiento de las ciudades y el fomento de la producción industrial. A ello se debe asimismo que la propia estructura de la clase obrera tenga particularidades específicas. La masa fundamental de obreros está ocupada no en empresas industriales de tipo fabril, sino en la esfera de los servicios

y en la producción agrícola. Una parte muy considerable de la clase obrera trabaja en plantaciones...».

Lógicamente, nos hacen advertir los autores, «todos estos aspectos frenan seriamente la promoción de la clase obrera como fuerza social dirigente y retrasan su formación. Pero, simultáneamente, contribuyen a que se acumule en ella una indignación justificada, que se convierte en el germen de la protesta social creciente. Si ésta al principio tiene un carácter puramente espontáneo, con el tiempo va cobrando formas cada vez más organizadas. Justamente el hecho de que, en numerosos países de Asia y Africa, la cruel explotación del trabajo se combina con la arbitrariedad y la discriminación social, confiere a cualquier manifestación obrera de protesta un carácter profundamente político. Luchando por el mejoramiento de su situación material, los obreros tratan al mismo tiempo de conseguir cambios en las condiciones sociales engendradas por las durísimas formas de explotación, se alzan contra el atrasado régimen social y exigen su liquidación. Puesto que la causa principal del atraso social y político de la aplastante mayoría de los países afroasiáticos es el colonialismo, la clase obrera, pese a su relativa pequeñez y a la debilidad de su organización, siempre ha marchado, como ya hemos señalado—puntualizan los autores de estas páginas—en las primeras filas de los que combaten por la independencia nacional, contra los opresores imperialistas y sus agentes indígenas».

Evidentemente, ya lo señalamos al comienzo de este comentario, tanto Zhúkov como sus compañeros de aventura intelectual no tardan en esgrimir la consabida consigna: «la organización y la solidaridad constituyen las armas principales de la clase obrera. Su forma tradicional de lucha es la huelga, acción colectiva organizada cuya finalidad consiste en presionar sobre los patronos para obligarles a aceptar unas u otras demandas de los trabajadores».

Naturalmente, cosa que tampoco exige especial argumentación, para los autores de este libro la culpa de la situación actual que registra el mundo consiste única y exclusivamente en la codicia capitalista: «Las raíces históricas del desnivel económico existente entre los estados en desarrollo y los países capitalistas desarrollados, tanto en el pasado como en el presente, provienen del sistema capitalista. El nivel de vida relativamente alto en los países capitalistas desarrollados ha sido alcanzado y se mantiene, en gran medida, a costa de la explotación de los países económicamente atrasados, a los que, en los marcos del capitalismo, les fue asignado el papel de fuentes de materias primas y esferas de inversión ventajosa de capitales. La "ayuda" que prestan las potencias imperialistas a los países en desarrollo, a la que tanto gustan referirse los defensores del neocolonialismo, no representa más que una parte misérrima de las riquezas arrambladas por ellos».

Recientemente se ha escrito por un prestigioso experto en la materia que, precisamente, lo que hay que hacer es bien fácil—dentro de lo difícil—: hay que procurar crear un desarrollo auténtico y no un «seudodesarrollo». Por lo tanto, «cuando el crecimiento se reduce al aumento de la renta nacional por habitante, puede encubrir un enriquecimiento de los más ricos, y un empobrecimiento y una regresión de los más pobres; entonces no hay razón para hablar de desarrollo. No hay tal desarrollo sino cuando el crecimiento de nivel de vida y del valor humano llega a las capas masivas y deprimidas de la población». «El desarrollo verdadero es un crecimiento generalizado

RECENSIONES

de todo el ser humano: de cada uno de los hombres y de todo lo que hay en el hombre. Es un fenómeno de civilización, esto es, de crecimiento solidario y armonizado que hunde sus raíces en los apetitos disciplinados y en las costumbres colectivas.»

La conclusión a la que, efectivamente, se quiere llegar en estas páginas no es felizmente expresada. No se trata, como los autores confunden con cierta ingenuidad, de buscar soluciones de índole política o técnica, sino, por el contrario, de encontrar dimensiones de stirpe esencialmente espiritual: «el problema que la humanidad tiene que resolver es éste, exactamente: el de una ascensión colectiva que parta de lo que es, de momento, sin afán por quemar etapas ni ilusionarse por unos avances espectaculares. Se trata de ir respondiendo a las necesidades progresivas de cada uno de los hombres de cada pueblo. No puede haber respecto de ellas una norma universal que se adopte de acuerdo con unos criterios físicos, sino que hay que depender de las posibilidades de conservación y de elevación del valor humano. Es, sin duda, un problema universal, a escala mundial, pero que se descompone en tantas facetas cuantas son las aspiraciones concretas, particularizadas, de los hombres y las condiciones naturales, variables, que se les brindan».

De todas formas, pensamos modestamente, la conclusión más sugestiva a la que en estas páginas se dirigen todos los esfuerzos imaginados e inimaginables es la referente al hecho de que los comunistas, desde ningún punto de vista, se oponen al desarrollo socio-político o socio-económico de los pueblos. Por consiguiente, «los comunistas apoyan toda medida progresista, venga de donde venga, si esa medida tiene la finalidad de reforzar la independencia nacional y elevar el nivel de vida de los trabajadores. Ellos valoran mucho las transformaciones socio-económicas realizadas por las fuerzas democráticas nacionales en una serie de países liberados. Dándose perfecta cuenta de que no cabe apresurar esas transformaciones sin contar con todos los países emergentes, los comunistas no pueden, al mismo tiempo, dejar de criticar a las fuerzas que demoran deliberadamente la realización de medidas progresistas a beneficio de los trabajadores, que prefieren nadar entre dos aguas, y no aceptan la colaboración con las fuerzas revolucionarias más consecuentes, a las que con uno u otro pretexto se aparta de la participación activa en la construcción de la nueva vida».

Innecesario resulta el subrayar, a la vista de lo anteriormente indicado, que, naturalmente, «los países del socialismo son fieles amigos y aliados de los pueblos que han tomado o toman la senda del desarrollo independiente. La ayuda mutua entre las fuerzas del socialismo y las del movimiento de liberación nacional es útil y beneficiosa para ambas partes. El intento de contraponer los intereses de estos dos raudales del proceso revolucionario mundial, de desunirlos, de presentarles como corrientes incompatibles, hostiles una a la otra, hace el juego únicamente a los imperialistas y a los reaccionarios. Los nacionalistas tratan de enemistar a los marxistas-leninistas con los demócratas revolucionarios de los países de Asia, Africa y América Latina, provocando discusiones escolásticas estériles acerca de cuál de estos movimientos es el principal y cuál no lo es. El problema importante y actual de las formas y métodos de unidad de acción y de ayuda mutua de las diversas fuerzas, en la lucha antiimperialista mundial por el progreso social y nacional, tratan de reducirlo a un pleito en torno a quién debe presidir la mesa».

RECENSIONES

Una cuestión que queda sin explicar de manera adecuada en estas páginas es la referente al porqué, en nuestros días, se ha producido el estallido revolucionario de los movimientos de liberación y no, en cambio, en décadas anteriores. Los autores de estas páginas apuntan, aunque muy tímidamente, una posible razón: «Los pueblos soportan grandiosos sacrificios revolucionarios, no para mantener su situación de miseria o semimiseria, sino a fin de librarse de ella para siempre. Los teóricos chinos abordan con ligereza la solución del problema, extraordinariamente complejo y arduo, del paso de los pueblos a la sociedad socialista desde el estadio de las relaciones precapitalistas o del capitalismo escasamente desarrollado. Sus recetas no son las del médico que da un diagnóstico justo y recomienda sensatamente el método y los medicamentos para librarse de la enfermedad. No, son más bien conjuros mágicos de hechiceros o brujos, para los cuales sólo hay un remedio de todas las dolencias: el son ruidoso del pandero o del tambor. Los ideales del socialismo predicado por Mao Tse-Tung, y los métodos de superación del atraso económico propuesto por él, han resultado inconsistentes en la propia China. Y con mayor motivo, sus presuntuosos intentos de darles un carácter universal y atribuirles una virtud milagrosa.»

De todas formas los autores de estas páginas admiten que «la disgregación del sistema colonial constituye un proceso histórico complejo. La independencia nacional se logra por diversos caminos. En unos países, la liberación del yugo colonial es la consecuencia de batallas revolucionarias prolongadas; en otros, la obtención de la independencia es presentada por los imperialistas como el acto caritativo de unos amos que «dejan en libertad a sus esclavos». Independientemente de otras muchas causas los autores nos recuerdan que, ciertamente, una de las principales razones que han impulsado el proceso de la descolonización ha sido la oportuna y prodigiosa intervención en la cuestión de la Organización de las Naciones Unidas. «Para la lucha liberadora de los pueblos de las colonias y semicolonias ha tenido inmenso alcance la *Declaración sobre la concesión de la independencia a los países y pueblos coloniales*, la cual, por iniciativa de la URSS, sostenida por otros países socialistas, fue aprobada en diciembre de 1960 por la XV sesión de la Asamblea General de la ONU. La declaración estigmatizaba a los colonialistas, que no quieren admitir el derecho de los pueblos a la autodeterminación.»

En definitiva, se nos indica en estas páginas—afirmación efectuada sin pudor alguno (podríamos citar ciertos casos elocuentes de todo lo contrario)—, que «toda la historia de posguerra muestra que la Unión Soviética y otros países socialistas, luchando consecuente y tenazmente por la realización de una política de coexistencia pacífica, siempre han estado dispuestos a apoyar, y han apoyado efectivamente, la lucha sagrada de los pueblos de Asia, África y América Latina por su emancipación nacional. Lo uno no contradice en modo alguno lo otro. Los países liberados del yugo colonial están interesados en el mantenimiento de la paz. Muchos de ellos no participan en los bloques militares imperialistas y mantienen una posición de neutralidad. Si las potencias imperialistas se ven obligadas ahora a contar con la voluntad de los países liberados, esto es el resultado, en primer lugar, de que el sistema socialista mundial se ha convertido en un poderoso factor de la vida contemporánea».

RECENSIONES

He aquí, pues, un libro sustancioso sobre el sugestivo tema del colonialismo o del neocolonialismo. Lo más interesante, en todo caso, es su procedencia—el corazón de Moscú—. Por lo demás, como quedan indicadas, existen inexactitudes mayúsculas y, si queremos ser sinceros, también grandes aciertos.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

AUSWÄRTIGES AMT (Ed.): *Die Auswärtige Politik der Bundesrepublik Deutschland*. Köln, 1972, Verlag Wissenschaft und Politik, 990 pp. + 20 mapas.

La política exterior de la República Federal de Alemania empieza en 1949, con la creación de su régimen democrático-liberal, basado en las tradiciones alemanas y las experiencias anglosajonas. La presente obra es de carácter eminentemente político, definido—en el prólogo—por el actual ministro de Asuntos Exteriores, Walter Scheel, como documentación político-exterior y como actividad del Ministerio en cuestión. Estos dos aspectos se exteriorizan dentro del marco trazado por la constelación política e ideológica del mundo, tendiendo a conseguir, principalmente, los siguientes objetivos: conservación del régimen democrático, mantenimiento de la paz, reunificación de la nación, convivencia pacífica con los Estados y pueblos vecinos, entendimiento con el este europeo y contribución a la seguridad europea, así como a la paz mundial.

Una política exterior está siempre condicionada, en mayor o menor grado, por la situación interna de un país. La RFA no es una excepción, hecho que en ciertas ocasiones puede hasta paralizar el curso político-exterior. Cuando se dan tales circunstancias, entra en acción *Auswärtiges Amt*, con el fin de nivelar las diferencias político-internas. Resulta que a pesar del papel que en los últimos tiempos desempeñan en la escena internacional los jefes de Estado o de Gobierno, la presencia de un Ministerio de Asuntos Exteriores es imprescindible. Por esta razón, la política exterior y la actividad del MAE no son, necesariamente, la misma cosa, aunque vayan juntas.

Nos encontramos, pura y simplemente, ante una exposición, ante una descripción de la línea político-exterior de la RFA, es decir, no se trata de un análisis, de una valoración crítica de la misma. La exposición es seguida de la publicación de 336 documentos que forman un cuerpo compacto de fuentes que permiten analizar desde diferentes puntos de vista la política exterior germano-occidental independientemente de la presente obra.

La política exterior del Gobierno de Bonn empezó de la nada, enfrentándose, desde el primer momento, con las consecuencias de la segunda guerra mundial. Sus resultados influirían considerablemente en el emplazamiento material de los principios políticos frente a los dos grandes bloques, pero con la ventaja de estar incluida la entonces Alemania occidental en la esfera de las potencias occidentales de Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia. No obstante, fue muy complicado el camino de reconstrucción del país económica y políticamente, hasta que en 1955 la RFA llega a ser un Estado soberano e independiente dentro de la Comunidad internacional de pueblos. La Comunidad Económica Europea y la OTAN eran, y siguen siendo, los principales factores que garantizan la soberanía, la democracia y la libertad frente a la amenaza soviético-comunista.

RECENSIONES

Sólo de esta manera le era posible conquistar en la política mundial el lugar que le corresponde por su propio derecho.

La política exterior de la RFA es esencialmente pacífica, incluyendo los fines y los métodos relacionados con la reunificación del país, o con el compromiso frente a Polonia, la URSS y Checoslovaquia. La RFA consiguió salir del aislamiento total de los años de la segunda posguerra y convertirse en uno de los factores más dinámicos en la política internacional a favor de la conservación de la paz y de la convivencia entre pueblos y diferentes sistemas sociales y políticos, siempre que otros países respeten su propio sistema. Queda neutralizado el peligro que se cernía sobre el Berlín occidental, llegándose a un razonable *Ausgleich* con la URSS y Polonia. Existen relaciones con los demás países del este europeo y han mejorado las relaciones interalemanas. Poco a poco caen los obstáculos en todos los frentes y gran parte de esta realidad corresponde a su desarrollo económico. No importa si la RFA es la segunda o la tercera potencia económica mundial, lo importante es que se ha lanzado con el título de una *gran* potencia en este sentido. Después de un caos indescriptible de finales de la segunda guerra mundial, la RFA ofrece en 1971 trabajo y existencia a tres millones de trabajadores y sus familias extranjeras.

El Gobierno de Bonn renuncia al uso de fuerza para arreglar conflictos y divergencias entre Estados. Acepta la política de no proliferación de armas nucleares, pero aboga en pro de una ampliación de la Comunidad Económica Europea. Defiende y propugna la política de la seguridad europea, pero en condiciones de respeto mutuo y de libertad. Acepta el *statu quo* como consecuencia de la guerra, sin embargo, no renuncia a la reunificación del pueblo alemán, siempre que se cumplan los requisitos de un arreglo pacífico. El resultado es impresionante: por vez primera un estadista alemán es Premio Nobel de la Paz, el actual canciller federal, Willy Brandt.

Nuevas situaciones políticas requieren nuevos métodos políticos. Desde 1949, la política exterior de la RFA marca etapas de continuidad y desarrollo hacia nuevas metas. Nadie duda de que el mundo altamente tecnizado abre nuevos horizontes para la política que, precisamente por esta razón, resulta dinámica y cambiante, lo cual dificulta ciertas proyecciones y con frecuencia obliga a improvisaciones y soluciones rápidas que no suelen sentarse sobre bases sólidas. Sin embargo, el imperativo de conservación de la paz ha de seguir su camino. Además, cada vez más participa la opinión pública en acciones políticas debido a la intensificación de los medios internacionales de comunicación.

Queda patente que también en el futuro la política exterior tendrá que moverse dentro de unas normas más o menos fijas si es que aspira a conseguir objetivos establecidos, siendo inevitables relaciones diplomáticas y económicas con todos los pueblos, sin tener en cuenta su forma de gobierno. Una política exterior realista no conoce simpatías, ni tampoco antipatías y, por supuesto, cuando prevalecen intereses internos de un país, ya no es posible hablar de política exterior. Diríase de otra manera, todos los factores son importantes, sin embargo, para que una política exterior sea eficaz es imprescindible evitar que prevalezcan intereses particulares internos. La opinión pública ha de tener confianza en los que se enfrentan con realidades de esta índole. Puede que esta alusión se refiera a aquel sector de la población germano-federal que no aprueba la actual línea de la *Ostpolitik* del Gobierno Willy Brandt.

RECENSIONES

Recopilación de los hechos: 1. En 1949, la RFA entra en la Comunidad internacional de pueblos, deseosa de encontrar condiciones de paz para su reconstrucción. Actualmente se encuentra rodeada de pueblos que, buscando la estabilidad en Europa, vienen imponiendo nuevos criterios de valoración de la situación política y social.—2. En el momento de su creación, la RFA era un fragmento político y considerado, además, como constelación provisional. Ahora ocupa un lugar bien fijo como factor político que intenta por todos los medios pacíficos conseguir la unidad de la nación, considerándose a sí misma como Estado medio mayor, ni pequeño ni grande.—3. Económicamente, la RFA salió del caos bélico, haciéndose cargo de los posibles recursos, con el fin de superar la crisis y colocarse en el segundo lugar en el comercio mundial. Satisfechas las necesidades materiales del pueblo alemán, acude a otros pueblos con ayudas económica, financiera y técnico-científico.—4. En 1949, la RFA no tuvo el derecho de implantar su propia política exterior; actualmente tiene representaciones diplomáticas prácticamente en todos los países del mundo. Pese a no ser miembro de la ONU, colabora activamente con muchas organizaciones internacionales de la misma. Su posición de igualdad internacional es generalmente reconocida, siendo protagonista de toda una serie de iniciativas político-internacionales. Su seguridad dentro de la NATO y de la integración europea es asegurada, aunque subsisten todavía algunos puntos conflictivos con los países amigos y aliados. La posición de seguridad tiene prioridad en la política exterior.

Ciertamente, no todos los fines pudieron ser alcanzados. No es fácil la tarea de sentirse moralmente obligado a ser una nación inseparable en un país dividido. A pesar de ello, la reunificación no ha progresado en nada. La reunificación está aún lejos de ser realidad, pero un día lo será. Esta fe no ha abandonado a ningún Gobierno federal durante veintitrés años de existencia de la RFA. También es un hecho de que en el mundo se producen cada día más problemas de los que pudieran resolverse satisfactoriamente.

La parte relativa a la documentación contiene sólo aquellos documentos que se consideran como textos oficiales desde la promulgación de la ley fundamental—*Grundgesetz*—el 23 de mayo de 1949, con referencia explícita a la política exterior de la RFA. Ya hemos señalado que son 336 documentos y que constituyen un cuerpo compacto de fuentes de esta índole. De gran importancia son también la cronología, desde el 5 de junio de 1945 hasta el 28 de octubre de 1971, y la parte estadística junto con los mapas que trazan el camino recorrido por la política exterior germano-federal hasta la actualidad.

STEFAN GLEJDURA

Introduction

The purpose of this study is to investigate the impact of social media on the self-esteem of adolescents. The research is based on the premise that social media usage is associated with increased self-esteem, as it provides a platform for social interaction, validation, and feedback. The study aims to explore the relationship between social media usage and self-esteem levels in a sample of adolescents.

The research is based on the following hypotheses:

- H1: There is a positive correlation between social media usage and self-esteem levels.
- H2: Increased social media usage is associated with higher self-esteem levels.
- H3: Social media usage has a mediating effect on the relationship between self-esteem and social interaction.

The study is based on a cross-sectional design, involving a sample of adolescents aged 13-18 years. The data was collected through a self-report questionnaire that measured social media usage, self-esteem, and social interaction. The questionnaire included items related to the frequency of social media use, the types of social media platforms used, and the impact of social media on self-esteem and social interaction.

The findings of the study indicate a positive correlation between social media usage and self-esteem levels. The results suggest that increased social media usage is associated with higher self-esteem levels. The findings also support the hypothesis that social media usage has a mediating effect on the relationship between self-esteem and social interaction.